

que se vive, sin aislarse del mundo circundante. Es evangelizando desde el diálogo y el testimonio que se exorciza el surgimiento de una Iglesia ghetto, con muros de separación, haciendo infecunda la semilla del Evangelio.

Como bien ha manifestado desde su comienzo, los lineamenta después de presentar a aquellos que huían de Jerusalén hacia Emaús como los que anuncian a un muerto, constatan "la posibilidad de un anuncio que no da vida, porque tiene encerrados en la muerte al Cristo anunciado, a los anunciadores y a los destinatarios del anuncio". Por eso, los lineamenta proponen hacer, con motivo de la convocatoria de la 13ª asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, una evaluación, una revisión sobre nuestra práctica evangelizadora, cuya evaluación va dirigida a la Iglesia misma, a su capacidad de configurarse en su identidad como Misterio de Comunión. Como bien dice textualmente: "La pregunta acerca de la transmisión de la fe... debe transformarse en una pregunta de la Iglesia sobre sí misma... porque cuestiona a toda la Iglesia en su ser y en su vivir... El problema de la infecundidad de la evangelización hoy, de la catequesis en los tiempos modernos, es un problema eclesiológico, que se refiere a la capacidad o a la incapacidad de la Iglesia de configurarse como real comunidad, como verdadera fraternidad, como un cuerpo y no como una máquina o una empresa"³⁹. Por eso, la insistencia de los lineamenta en lo que algunos pastoralistas llaman la autoevangelización de las propias comunidades, considerando a la propia Iglesia, campo de misión⁴⁰. Esta autoevangelización es más urgente en la actualidad, porque, en las generaciones que forman la Iglesia de hoy, no se han dado de modo general auténticos procesos de evangelización de sus mismos miembros.

Nuevas situaciones exigen nueva pedagogía. Esto exige de los catequistas y educadores en la fe una nueva pedagogía, pedagogía en la que la mayoría de ellos no han sido educados en su fe. Es una pedagogía nueva ante todo para los mismos educadores. La mayoría fueron educados en un sistema cultural y educativo muy cercano al de cristiandad, con una cultura muy marcada por el predominio del cristianismo, aunque no exenta, como ya hemos indicado más arriba, de contrariedades y perversiones de lo evangélico, como el autoritarismo, la no asunción del pluralismo social... Si los educadores de cada generación intentan educar como se les educó, esto no vale ya en la actual situación con cambios tan radicales. Por eso, para saber educar, vendrá muy bien repensar la fe de nuevo con las categorías de los hombres y mujeres de hoy, es decir, entrar de nuevo en un catecumenado de adultos.⁴¹ En definitiva, para

³⁹ Lineamenta 2.

⁴⁰ Cf. ALCEDO TERNERO, A., *Iglesia, campo de misión*, PPC, 2010.

⁴¹ Los lineamenta reconocen la aportación del actual movimiento catequético de proponer como referente de toda catequesis a la catequesis de adultos (Cf. Lineamenta 14). Para profundizar en el tema con gran atención a la situación psicosocial del destinatario adulto: SASTRE GARCÍA, J., *"El catecumenado de adultos"*, P.P.C., 2011.

iniciar catecumenalmente a niños, adolescentes, jóvenes y adultos, habrá que iniciarse catecumenalmente antes. Esta es la experiencia positiva que algunos equipos de catequistas han hecho⁴²: formar ellos mismos un catecumenado de adultos para reformular, entender, celebrar y vivir desde la mentalidad de hoy las bases de la fe cristiana, siguiendo las pautas propias del catecumenado bautismal, donde las etapas y los objetivos de cada una de ellas conducen a una fe más madura⁴³, es decir, llegando a estar a la altura de los retos actuales.

No es un tema vanal, en la nueva evangelización nos jugamos la Iglesia del futuro y, por eso, la del presente. En este nuevo empuje de la nueva evangelización en Occidente los agentes evangelizadores, cada vez más escasos, más cansados, más solos, más sobrecargados, más mayores y sin relevo, encuentran nuevas fuerzas, aunque parezcan de flaqueza, las fuerzas del Espíritu, el verdadero protagonista de la nueva evangelización, Espíritu Santo del que ellos son testigos de su acción, sin la cual hace tiempo que hubiesen desertado.

⁴² Así lo hicieron equipos de catequistas de la diócesis de Mérida-Badajóz por los años 90 del siglo pasado en la estela del gran documento de 1991 de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal Española, *"La Catequesis de Adultos. Orientaciones pastorales"*.

⁴³ Para conocer un itinerario para iniciar en la fe a adultos ver: BARGHIGLIONI, E. y M. y MEDDI, L. *"Adultos en la comunidad cristiana"*, Sal Terrae, Santander, 2011.

El amor de Dios solidario.

Hacia una cristología de la solidaridad

Rev. Aragon. Teol. 36 (2012)

Manuel Ángel Antón

Introducción

En la teología sistemática, especialmente bajo el capítulo de Soteriología (doctrina de la salvación), se suele incluir el tema de “nuestra identificación con Cristo” y también, de unos con otros en el cuerpo de Cristo. Escritores de espiritualidad lo describen como nuestra “unión mística” con Dios en Cristo. En este artículo, queremos interpretar esa “identificación” y “unión” con el término más contemporáneo de “solidaridad”. Lo estudiaremos en torno a tres de los momentos principales de la Cristología: la encarnación, crucifixión y resurrección del Hijo de Dios.

Por un lado, vamos a afirmar que la persona y la obra salvífica de Jesucristo tienen importantes implicaciones para nuestra vida y compromiso hoy. Cuando los grandes momentos cristológicos se entienden como solidaridad, se convierten en exigencias de solidaridad para nosotros hoy.

Por otro lado, trataremos de demostrar que esos tres momentos se entienden mejor desde la perspectiva de la solidaridad. De hecho, la cruz no se entiende, o se entiende mal, sin este enfoque decisivo. La encarnación y la resurrección también (como igualmente Pentecostés) encuentran su sentido más profundo cuando se interpretan como actos de solidaridad.

En otras palabras, la Cristología nos ayuda a entender la solidaridad, y la solidaridad nos ayuda, y mucho, a entender la Cristología.

I. La Encarnación como motivo y modelo de solidaridad (Jn 1,14)

El prólogo del cuarto evangelio se mueve sobre tres ejes: “el Verbo era Dios” (1,1), “el Verbo se hizo carne” (1,14), y “el Hijo unigénito... nos lo ha dado a conocer” (1,18). El pasaje plantea la encarnación del Verbo como la máxima revelación de Dios; conocemos al Dios invisible en una vida de carne y hueso. En las palabras de Heb 1,1-2, Dios culminó su proceso de auto-revelación cuando “nos habló en hijo” (*elalêsen hêmin en huiô*).

Juan 1,14 es un texto sumamente denso, en que cada palabra concentra una gran riqueza de significado. La frase medular reza, “Y el Verbo fue hecho carne” (*kai ho logos sarx egeneto*). Lo primero que llama la atención es la paradójica yuxtaposición del sujeto *logos* (el cual es Dios según 1,1-4) y el verbo *egeneto*, que implica “devenir”, “hacerse”, cuando supuestamente Dios debe ser inmutable (según las categorías de la filosofía griega y la teología sistemática). En este acto de encarnación comienza la solidaridad de Jesucristo con nosotros. Del mundo eterno del “puro ser” (como lo conciben los teólogos), al que correspondería el verbo *eimi* pero no *ginomai*, el Verbo entró en las dialécticas del proceso histórico. Quizá podríamos decir que en su encarnación el Verbo “se contradice a sí mismo”, para inmiscuirse en nuestro mundo del “devenir”. Cambia su eternidad supuestamente estática por nuestro mundo dinámico de constante cambio. Filosóficamente, diríamos que optó por Heráclito contra Parmenides.

La encarnación del Verbo eterno fue el acto de solidaridad por excelencia, fundamento de toda la Cristología y clave para su entendimiento. Al tomar nuestra “carne” (fragilidad humana; ser-carente-de, ser-para-la muerte), Cristo se identificó incondicionalmente con nuestra condición humana en toda su vulnerabilidad. También se identificó con nuestra condición de criaturas y con la creación misma. Aquel por quien todas las cosas fueron hechas (1,2-3, *egeneto*), pues el mundo fue hecho por él (1,10 *egeneto*), también “fue hecho” (1,14 *egeneto*), el mismo, creación y “criatura” (con todos los procesos normales de crecimiento; Lc 2,40,52; cf. 1,0).

En esa vida humana —tan humana como la nuestra, pero sin pecado y por eso más humana— el Verbo-hecho-carne nos dio la máxima revelación de Dios (Jn 1,18; cf. Heb 1,1-2). El Verbo no sólo asumió nuestra carne sino también “habitó entre nosotros” (1,14), “tomó residencia en la tierra” y vivió en la más dolorosa y peligrosa cercanía con nosotros y con nuestro pecado. Y de esa manera “visibilizó” a Dios (“y vimos”) ante nuestros ojos. Un Verbo es invisible, como lo es Dios mismo (1,18), pero en su radical identificación con nosotros, Jesús volvió visible al Invisible. En eso ejemplificó el ejemplo del valor de una vida encarnada en solidaridad.

Hay otros textos que señalan a estas “mutaciones” del Verbo divino. Cristo, “siendo por naturaleza Dios, ... se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo (*doulos*), y haciéndose semejante a los seres humanos ...” (Fil 2,6-8: se identificó con la humanidad y con todos los humillados de la tierra); “siendo rico, se hizo pobre (2 Cor 8,9: se identificó, en su encarnación y su estilo de vida, con la clase pobre); “Dios lo hizo pecado por nosotros” (2 Cor 5,21, *huper hêmôn hamartian epoiêsen*; se identificó aun con nuestro pecado y su consecuencia, la muerte).

Por la Virgen María el Verbo se unió plena e incondicionalmente con nuestra humanidad, y por el Espíritu Santo nosotros somos incorporados en un solo cuerpo en

esa humanidad solidaria del Encarnado. Nuestra incorporación en Cristo por la fe crea toda una nueva realidad de solidaridad. Por eso San Pablo tiene tanta predilección por la frase *en Cristo* y por los verbos con *sun* ("con") de prefijo, a veces aparentemente acuñados por el mismo. Hemos sido co-crucificados con Cristo (Gal 2,20), co-sepultados (Rom 6,4,5; Col 2,12), co-resucitados y co-sentados con él en lugares celestiales (Col 2,13; 3,1; Ef 2,6) y co-viviremos con él (Rom 6,8). Somos co-herederos con él, y si co-sufrimos con él, también co-reinaremos con él (Rom 8,17; Fil 3,10; Apoc 20,4). Todo eso habla de la solidaridad que él ha creado con nosotros, y de nosotros con él.

Por otra parte, como consecuencia de su encarnación y solidaridad, Cristo ha hecho de su pueblo un solo cuerpo que practica entre sí la misma solidaridad con que él se identificó con nosotros. Aquí también abundan los verbos con el prefijo *sun*. Entre muchos tenemos: en Cristo estamos co-articulados en un solo cuerpo (Ef 2,21; 4,16). Como tal co-combatimos (Fil 1,27) y co-luchamos en oración (Rom 15,30, *sunagonizô*); co-actuamos (1 Cor 16,16) y nos co-ayudamos (2 Cor 1,11). Estamos unidos para co-morir y co-vivir (2 Cor 7,3) y co-reinaremos juntamente (1 Cor 4,8). En esa solidaridad del cuerpo de Cristo, cuando un miembro sufre, a todos los miembros les duele, y cuando un miembro recibe honra, todos se llenan de gozo (1 Cor 12,26). En esa solidaridad, no caben las rivalidades.

No podríamos encontrar expresiones más enfáticas de la solidaridad. Y todo procede de la solidaria encarnación del Verbo.

II. La solidaridad como sentido más profundo de la Cruz (2 Cor 5,21; Gal 3,13)

Con razón dijo Pablo que la cruz es una locura y un escándalo (1 Cor 1,18–23); si su "irracionalidad" no nos escandaliza, no hemos comenzado a entender su significado. La tradicional teoría de "substitución" (yo debo dinero en el almacén pero un amigo lo paga en mi lugar; estoy preso bajo sentencia de muerte, pero un amigo me visita en la celda, cambiamos de ropa, yo salgo libre y el amigo muere en mi lugar) es una simplificación que traiciona los datos bíblicos, y hace de la muerte de Jesús una crasa injusticia (Camus, Bernard Shaw, Domenic Crossan). La muerte de Cristo no puede entenderse como una transacción externa y objetiva, una especie de intercambio o trueque.

Sin pretender "explicar" la cruz, dos puntos importantes pueden por lo menos comenzar a aclarar su sentido. Primero, nunca debemos olvidar que en el plano humano e histórico, la muerte de Jesús en la cruz no fue un mero episodio desconectado de toda su vida sino que fue la consecuencia inevitable de su manera de ser y de vivir. Polemizaba osadamente con los líderes y toda la "buena gente", y defendía a los que eran "mala gente" ante los ojos de la sociedad. Comenzó la semana final de su vida

con una marcha pública, seguida por un violento acto de protesta en el mismo templo. Su manera de ser y su conducta eran insoportables para las autoridades. Así entendido, lo mataron por subversivo.

La segunda pista, que ayuda aun más, nos la proporciona San Juan Eudes, junto con otros. Juan Eudes introduce el primer libro (1,5), de su *Opera Omnia* (6,107.113-115), precisamente sobre la salvación, con un párrafo muy importante:

Ante todo hay que notar que mientras Cristo está lejos de nosotros y nosotros permanecemos apartados de él, todo cuanto padeció e hizo por la redención del humano linaje no nos sirve de nada, no nos aprovecha en lo más mínimo. Por tanto, para que pueda comunicarnos los bienes que recibió del Padre, es preciso que Él se haga nuestro y habite en nosotros. Por esta razón es llamado “nuestra Cabeza” y “primogénito entre muchos hermanos”; y de nosotros se afirma que somos “inertados en Él” (Rom 8,29; 11. 17; Gál 3,27); porque ninguna de cuantas cosas posee nos pertenecen ni tenemos que ver con ellas, mientras no somos hechos una cosa con Él (San Juan Eudes).

Interesantemente, introdujo este fuerte énfasis sobre la identificación solidaria de Cristo con nosotros como clave a su obra redentora. Parece que le fascinó tanto el tema, que acuñó una serie muy rica de expresiones al respecto (“*Todo lo suyo es tuyo... y tú debes usar de todo ello como de algo propio*”. “*En cuanto a ti, eres para él como el miembro para la cabeza, por lo cual él desea intensamente usar de todas sus facultades como propias, para servir y glorificar al padre*”).

Para Juan Eudes, el Cristo que nos justifica y redime no es un “*Christus extra nos*” sino que nos redime en “la más íntima coalescencia” con nosotros, en un “sagrado matrimonio” entre él y nosotros. No debemos considerar a Cristo “como separado de nosotros” sino “más bien habitando en nosotros”. Por la “habitación de Cristo en nuestros corazones” compartimos “la vida en consorcio”. Esta relación es una especie de amalgama aglutinada, en que el Espíritu Santo es el “vínculo”. “Incorporados nosotros a su cuerpo, nos hace partícipes, no solamente de sus bienes, sino incluso de sí mismo”.

Todo eso puede entenderse como lo que hoy llamamos “solidaridad”. Cristo se hizo carne y vida con nosotros, y nos hizo a nosotros carne y vida con él. Puede verse como una especie de “trasplante total”. Cristo tomó nuestro pecado porque nos tomó a nosotros dentro de sí y entró él dentro de nosotros, en un mismo cuerpo solidario. El fue más que un “representante”, y mucho más que un “sustituto”. Su solidaridad llegó a tal grado de identificación, que sería más fácil para dos gemelos siameses separarse que para él separarse de nosotros.

Jesucristo manifestó y practicó esta solidaridad en su nacimiento, en su estilo de vida y en su muerte:

Cuando el Verbo se hizo carne, identificándose así con toda nuestra fragilidad, pasó también, como todos nosotros, sus nueve meses como feto pre-natal. Es más, fue concebido en el vientre de una “madre soltera”, lo que a los y las vecinos seguramente no les parecía un milagro sino un escándalo. Por eso después sus enemigos se lo echaron en la cara diciendo, “nosotros no hemos nacido de fornicación” (Jn 8,41). Al octavo día Jesús fue circuncidado y después sus padres ofrecieron dos tórtolas para la purificación del niño y su madre (Lc 2,21-23; el padre no tenía culpa en el asunto y no necesitaba purificación). Como joven Jesús tuvo ciertos roces con sus padres (Lc 2,48-49) y trabajó unos dieciocho años de carpintero como uno más de los trabajadores de su tiempo. Al iniciar su ministerio, se sometió al humillante “bautismo de arrepentimiento” de Juan el Bautista, “para cumplir toda justicia”. Aunque él no tenía pecados de que arrepentirse, en esto también se identificó con nosotros los pecadores para nuestra redención.

En su conducta y su estilo de vida también Jesús se identificaba con los pecadores; los fariseos le condenaban por ser amigo de pecadores (Lc 15,1-2; 5,29-32; 7,33-39). Extendió su mano a tocar a los enfermos, los leprosos y los muertos, lo que le contaminaba ceremonialmente y le incapacitaba para entrar al templo. Era amigo de la “mala gente” por lo que fue mal visto por la “buena gente”. Fue tierno y compasivo con los pecadores, pero muy severo con los hipócritas; agresivo e insultante; hasta afirmó que los publicanos y las prostitutas entrarían al reino de Dios antes que los fariseos (Mt 21,31). En todo eso, ante los sacerdotes y maestros de la ley, él fue “hecho pecado” por vía de su solidaridad inseparable con pecadores.

Esa clase de solidaridad con los marginados y los desvalidos de la sociedad nunca está bien visto por los poderosos. Para nada sorprende que muy temprano comenzaran a confabular para matarlo. Y mucho menos cuando se dejaba llamar “Rey de los judíos”, defendía siempre a las víctimas de los abusos, entró en la ciudad capital en una marcha triunfal y trastornó el sucio comercio de los mercaderes en la misma casa de Yahvé, denunciándoles a ellos por convertir el templo en una cueva de ladrones. Toda esa solidaridad profética le granjeó la muerte. La cruz fue instrumento de ejecución pública de los enemigos del sistema. Fue el precio de su solidaridad con nosotros, en servicio osado al Reino de Dios y su justicia.

Finalmente, la misma muerte fue la expresión definitiva de esa solidaridad que comenzó con su nacimiento. Al asumir la condición humana, lo hizo incondicionalmente, sin reservas en su solidaridad (No dice: “Acepto nacer y vivir en carne, pero no morir, porque soy Dios y Dios no muere, mucho menos puedo hacerme pecado y maldición”. ¿Cómo es posible eso para Dios mismo?). Ahí podemos ver la locura y el escándalo de la cruz.

Pero en Cristo la cruz tiene también su lógica, y es la lógica de la solidaridad incondicional. Humanamente hablando, esa muerte violenta fue la consecuencia lógica

e inevitable de una vida que los poderosos jamás iban a tolerar. Pero evangélicamente hablando, Cristo hizo suyos nuestros pecados para hacer nuestra su justicia; hizo suya nuestra muerte, para liberarnos de ella. Cristo fue desamparado por su propio Padre (de nuevo, lo incomprensible para el entendimiento humano; ¡Dios desamparado por Dios! ¿Cómo puede ser?). Pero él fue desamparado por su Padre, para que nosotros nunca lo seamos. Y en esa muerte solidaria, “Dios mostró su justicia, para que él [Dios] sea justo y el que justifica a los injustos”, con los que se ha solidarizado (cf. Rom 3,25-26).

En la misma línea se manifiesta Benedicto XVI en la segunda parte de su obra “*Jesús de Nazaret*”: Mateo y Marcos concuerdan en decir que, a la hora nona, Jesús exclamó con voz potente: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46; Mc 15,34). Transmiten el grito de Jesús en una mezcla de hebreo y arameo y lo traducen después al griego. Esta plegaria de Jesús ha llevado una y otra vez a los cristianos a preguntarse y a reflexionar: ¿Cómo pudo el Hijo de Dios ser abandonado por Dios? ¿Qué significa este grito? Rudolf Bultmann, por ejemplo, observa a este respecto: La ejecución de Jesús tuvo lugar «a causa de una interpretación errónea sobre su modo de obrar, entendido como el de un agitador político. Habría sido entonces —hablando desde el punto de vista histórico— un destino carente de sentido. Si o cómo Jesús haya visto en esto un sentido, no lo podemos saber. No debemos descartar la posibilidad que se haya derrumbado» (*Das Verhältnis*, p. 12). ¿Qué debemos decir frente a todo eso?

Ante todo hay que considerar el hecho de que, según el relato de ambos evangelistas, los que pasaban por allí no comprendieron la exclamación de Jesús, pero la interpretaron como un grito dirigido a Elías. En estudios eruditos se ha tratado de reconstruir precisamente la exclamación de Jesús de modo que, por un lado, pudiera ser malentendida como un grito hacia Elías y, por otro, fuera la exclamación de abandono del Salmo 22 (cf. Rudolf Pesch, *Markusevangelium*, II, p. 495). Como quiera que sea, sólo la comunidad creyente ha comprendido la exclamación de Jesús —que los que estaban por allí no entendieron o malentendieron— como el inicio del Salmo 22 y, sobre esta base, la ha podido comprender como un grito verdaderamente mesiánico.

No es un grito cualquiera de abandono. Jesús recita el gran Salmo del Israel afligido y asume de este modo en sí todo el tormento, no sólo de Israel, sino de todos los hombres que sufren en este mundo por el ocultamiento de Dios. Lleva ante el corazón de Dios mismo el grito de angustia del mundo atormentado por la ausencia de Dios. Se identifica con el Israel dolorido, con la humanidad que sufre a causa de la «oscuridad de Dios», asume en sí su clamor, su tormento, todo su desamparo y, con ello, al mismo tiempo los transforma.

Como hemos visto, el Salmo 22 impregna la narración de la Pasión y va más allá. La humillación pública, el escarnio y los golpes en la cabeza de los que se mofan, los

dolores, la sed terrible, el traspasarle las manos y los pies, el echar a suertes sus vestidos: la Pasión entera está como narrada anticipadamente en este Salmo. Pero, mientras Jesús pronuncia las primeras palabras del Salmo, se cumple ya en último análisis la totalidad de esta magnífica oración, incluida también la certeza de que será escuchada, y que se manifestará en la resurrección, en la formación de la «gran asamblea» y en el saciar el hambre de los pobres (cf. vv. 25ss). El grito en el extremo tormento es al mismo tiempo certeza de la respuesta divina, certeza de la salvación, no solamente para Jesús mismo, sino para «muchos».

En la teología más reciente se han hecho muchos intentos perspicaces para escudriñar, basándose en este grito de angustia de Jesús, en los abismos de su alma y comprender el misterio de su persona en el extremo tormento. Todos estos esfuerzos, a fin de cuentas, se caracterizan por un planteamiento demasiado limitado e individualista.

Pienso que los Padres de la Iglesia, con su modo de comprender la oración de Jesús, se han acercado mucho más a la realidad. Ya para los orantes del Antiguo Testamento las palabras de los Salmos no corresponden a un sujeto individual cerrado en sí mismo. Ciertamente, son palabras muy personales, que han ido surgiendo en el forcejeo con Dios, pero palabras a las que, sin embargo, están asociados a la vez en la oración todos los justos que sufren, todo Israel, más aún, la humanidad entera en lucha; por eso estos Salmos abrazan siempre el pasado, el presente y el futuro. Están en el presente del dolor y, sin embargo, llevan ya en sí el don de ser escuchados, de la transformación.

Esta figura básica, que en la investigación más reciente se describe como «personalidad corporativa», los Padres la han acogido y profundizado a partir de su fe en Cristo: en los Salmos —nos dice san Agustín— Cristo ora a la vez como Cabeza y como Cuerpo (cf. p. ej. *En. in Ps.*, 60, 1s; 61, 4; 85, 1.5). Ruega como «Cabeza», como Aquel que nos une a todos en un sujeto común y nos acoge a todos en sí. Y ora como «Cuerpo», en el sentido de que tiene presente la lucha de todos nosotros, nuestras propias voces, nuestra tribulación y nuestra esperanza. Nosotros mismos somos orantes de este Salmo, pero ahora de manera nueva en la comunión con Cristo. Y, a partir de Él, pasado, presente y futuro van siempre unidos.

Una y otra vez nos encontramos en el hoy saturado de sufrimiento. Pero, siempre también, la resurrección y la saciedad de los pobres ocurren ya «hoy». En una perspectiva como ésta, nada se quita al horror de la Pasión de Jesús. Por el contrario, aumenta, porque no es solamente individual, sino que lleva realmente en sí la tribulación de todos nosotros. Al mismo tiempo, sin embargo, el sufrimiento de Jesús es una pasión mesiánica, un sufrir en comunión con nosotros, por nosotros; un ser— con que proviene del amor, y lleva consigo así la redención, la victoria del amor.

“A él, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que llegásemos a ser en él justicia de Dios” (2 Cor 5,21). Y eso, no por alguna transacción externa y abstracta, sino por su solidaridad hasta las últimas consecuencias. “Fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2,8). Habiéndonos amado, nos amó hasta el fin (Jn 13,1).

La Resurrección como reafirmación de la solidaridad (Lucas 24,13-49)

En la teología de la resurrección volvemos a encontrar lo inadecuado de una explicación meramente forense, externa y transaccional, o la clásica teoría de “satisfacción” (teoría de Anselmo). Si Cristo ya había expiado toda la culpa del pecado y ya había pagado en pleno todo el precio de nuestra redención, ¿qué papel le queda a la resurrección en ese plan salvífico? ¿Por qué no ascendió directamente a la diestra de Dios, en vez de pasar cuarenta días más en la tierra (según nos narra Lucas)? Y aun más, si Cristo ya nos ha redimido plenamente, ¿para qué la resurrección corporal nuestra en vez de un traslado espiritual del alma al cielo?

Una parte importante de la respuesta a estas preguntas será precisamente la solidaridad de Jesucristo con nuestra humanidad.

En primer lugar la resurrección fue una nueva afirmación de la carne, del valor de nuestra condición física y su lugar decisivo en el plan salvífico de Dios para nosotros. En cierto sentido, sin negar la continuidad del Resucitado con el Crucificado y la identidad de ambos en la persona de Jesús, la resurrección puede considerarse como una especie de “segunda encarnación”. Habiéndonos redimido por su muerte en la cruz, Jesús opta, por decirlo así, por tomar de nuevo nuestra carne y solidarizarse con nuestra corporalidad, pero ahora liberada y glorificada. Por eso Lucas insiste en que Jesús comía, caminaba y conversaba. Por eso también el credo apostólico habla con todo acierto de “la resurrección de la carne” (no sólo “del cuerpo”)... Eso significa hoy un compromiso cristiano con el cuerpo, con la carne, en tiempos cuando se ha hecho común la tortura y la mutilación de los cadáveres de los asesinados. Por eso también deben preocuparnos no sólo los muertos en guerra sino también todos los heridos y lisiados, que llevan en sus cuerpos, de por vida, las llagas de la nefasta violencia de nuestro tiempo. Esto debe significar también un compromiso con la salud pública, la buena alimentación para todos, y la lucha contra la pobreza.

En segundo lugar, la resurrección de Jesús fue una nueva afirmación de la vida. En su obra redentora, Cristo no sólo logró el perdón de nuestros pecados sino también venció para siempre la muerte. “Oh Cristo”, reza un antiguo himno alemán, “muerte de mi muerte, vida de mi vida”. “En él estaba la vida” (Jn 1,3), y su resurrección significó su compromiso con ella, frente a la muerte, hasta las últimas consecuencias. Él vino